

EL CORREO DE LEVANTE

DIARIO DE LA TARDE

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Plaza de Colina (antigua local del Gobierno Civil)

MURCIA 19 DE AGOSTO DE 1902

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En Murcia, an mes... pesetas 1
Fuera, trimestre... 3

Núm 707

ANUNCIOS A PRECIOS ECONÓMICOS

NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES

DE ACTUALIDAD

De justicia

En virtud de la combinación de personal de Hacienda, últimamente firmada, cesan en los cargos de Delegado e Interventor de esta provincia, respectivamente, nuestros amigos D. Francisco Rivas Moreno y D. Anibal Alvarez-Ossorio.

No son estos funcionarios, de los que merecen por toda despedida, un sueldo lacónico e insustancial: ambos dejan huella de su paso por esta ciudad, huella simpática y perdurable, de actos que les hacen acreedor al reconocimiento de los murcianos todos.

El Sr. Rivas Moreno, publicista e ilustrado, propagandista incansable de instituciones progresivas y filantrópicas, es el creador de las Cajas Rurales, que tan grandes beneficios están llamadas a producir al agricultor.

Después de una labor preparatoria oscura y difícil, pero fecunda, el éxito coronó sus generosos esfuerzos, viéndose realizada por fin la obra utilísima a la que ya unido su nombre preclaro, se acreedor a la gratitud imperecedera de este hidalgo pueblo.

El Sr. Alvarez-Ossorio, periodista esclarecido, desde su llegada a esta ciudad inició en la prensa una hermosa y plausible campaña en pro de la higiene y saneamiento de nuestra querida ciudad.

Los murcianos todos, hemos leído con satisfacción y reconocimiento los admirables trabajos del Sr. Alvarez-Ossorio, que han sido como toque de alarma a las autoridades y al vecindario, para que se preocupen de la realización de las mejoras higiénicas que demandan los más caros intereses de cultura, de humanidad y de salud pública.

En nuestro número de ayer, publicábamos las conclusiones en que ha resumido su meritoria labor el infatigable propagandista, de propaganda tan incomparablemente beneficiosa.

Al dar la noticia del cese en sus importantes cargos, de los Sres. Rivas Moreno y Alvarez-Ossorio, creemos de nuestro deber, como periodistas y como murcianos, enviarles un saludo afectuosísimo, expresión del pesar sincero que nos causa su partida.

Ambos habían logrado aquí generales y merecidas simpatías, por su labor tan útil para la población de Murcia; y al testimoniarles el aplauso que se han hecho acreedores, aplauso que tan de justicia es, creemos hacernos intérpretes del sentimiento general del pueblo de Murcia.

Que sus bendiciones acompañen siempre a tan incansables apóstoles de toda idea buena, de todo pensamiento generoso, de toda labor fecunda; a tan distinguidos y notables publicistas.

INSTANTANEAS

En el exprés

A Matilde

Sin acordarme el polvo del camino cumpliré la promesa de decirte las últimas palabras que oíste en la estación de Torre Vieja. Ya sabes que cuando aquel coche y que en tanto volvimos la cabeza,

sin respetar sombreros ni paquetes, bastones ni maletas, en un parpadear lo vimos lleno de una familia entera; y hubo que tomar otro que sitiámos y defendimos bien desde la puerta, y que tuvimos que luchar lo mismo que si fuera atacada fortaleza.

Gracias a su papá fué nuestro coche el más desahogadillo de los treinta y pudimos venir hasta bailando y con la puerta abierta.

Una vez que echó a andar nos dispusimos a gozar de la fresca, (mos) y allí fueron rodando por las redes aquellos puños, chalecos y chaquetas.

El vecino Ruiz-Funes, compasivo, filántropo de veras, caritativo y pródigo y espléndido repartió entre nosotros su merienda y era de ver el tren cómo corría y era de ver la aplicación severa con que dábamos caba al comestible y se echaban de menos las botellas.

Peró llegó por fin una parada de catorce minutos; Albaterra, y allí tomamos líquido rijoiano porque, en verdad, la máquina iba seca.

Y después de comer como canónigos y de beber lo mismo que ballenas mirábamos al cielo, cuya luna presentaba la cara de doncella que concluía de salir del baño chorreando en derredor gotas de estrellas. (llas)

(Después del salchichón y del Rioja se suelen observar cosas muy buenas) Luego ¡uff! ¡qué peste! El cáñamo mal-dito

nos lanzó unos eduvios, una esencia que si no nos dió el cólera, yo creo que ya no nos morimos de epidemia.

Nada más del viaje hubo saliente, si que al llegar a la estación postrera bajó de aquel gran tren un hormiguero que habrá dejado clara a Torre Vieja.

Ya, Matilde, los días de verano los pasarás más fresca; porque con treinta coches de personas que esa bonita población se dejan ya es contingente que en el aire influye y en la respiración.

Y aquí se queda mi epístola feliz, pues vá a buscarte a esas playas tan limpias y serenas; porque con el cansancio del camino mis párpados se rinden y se cierran.

Nota. Del blanco nardo que me diste al arrancar el tren, bebó la esencia y aun parece que escribo en el casino y entre brisa feliz de Torre Vieja.

Adios, que ya me duermo, un capuzón por mí y hasta la vuelta.

Florencio Rojer de Larra.

UN CUENTO DIARIO

¡Sola en el mundo!

¡No fué suya la culpa si nació desventurada! Dió su primer vagido en una noche fría y tempestuosa del mes negro.

Nadie acudió a darle el primer beso, ni arrulló su primer sueño. Creemos que un arroyo la adoptó por hija natural ó fué quizá el inconsciente engendro de una rana y un murguero, según era el impío decir de los bárbaros del pueblo.

Aun la recordamos cuando en su primera juventud y al traspasar las marismas solitarias, alzaba a los cielos sus ojos azulados y exclamaba con acento de lágrimas:

—¡Porqué tan sola, Dios mío! Luego se la veía recorrer el espeso arenal, seguida siempre de un perrillo negro y derrengado.

Se contaba que una vez y muchas, Simón el barquero le había preguntado a la niña con firme acento y verdadero:

—¿Te quieres casar conmigo, cara de cielo?

—¡Vete!—le contestaba la niña abandonada y sola. Pero una vez le había argumentado el ignorante barquero.

—¿No sabes corazón? Tú te llamas Marina. El cura viejecito del Santuario te

bautizó; yo era un niño y bien me acuerdo. ¡No te acuerdes del pasado Marina! Miral! He comprado el terreno y el pequeño del puente. Si tú me quieres nos casaremos. Yo saldré con mi barca a la ancha playa y traeré mis redes llenas hasta rebosar de los buenos mariscos y nada te faltará. Yo formaré una casita de ladrillos y tejas al pie del maizal y sembraré de garbanos y clavetes blancos hasta las cornisas de la portada y el ventanuco. ¡Anda! Cástate y Dios te lo pagará.

—¡Vete!—le repitió Marina apesurada y confusa. Pero la noche aquella en la que llevaron el Viático al Sr. Cura que á causa de su ancianidad se moría, acudió Marina deshecha en llanto cerca del moribundo y así le dijo:—¡Yo quedaré sola en el mundo, si mi padre se va al cielo!

—Cástate con Simón el barquero—le respondió el religioso; pero la niña hizo un ademán repulsivo y el Cura le argumentó:

—Será tu salvación! Ahora... ¡Déjame morir tranquilo!

Más tarde, Simón consideraba alguna vez sobre las trenzas negras de Marina y no comprendía cómo pudiera ser tanta felicidad para él, tan pobre y miserable.

—Yo la llevaré en mi corazón y la querré un poco menos que al Señor! Trabajaré en la tierra y en el mar para que nada le falte!

Y Simón compró un terragal, labró en sus terrones y labró un maizal que le dió un buen fruto, levantó cuatro paredes de cal y canto y un techo de tablas y almazarrón.

Esta fué el tabuco que dispuso Simón para cuando Marina se uniera a él en santo lazo, no sin haber sembrado alrededor del casucho malvarosas y balsaminas.

Marina se casó y él la consideró como a una santa.

—¿No era demasiada felicidad para el pobre barquero?

La mujer acudía á los trabajos del marido y la arenosa playa y una tarde fría y tempestuosa de Diciembre, Simón y sus compañeros salían en su barca pescadora mar afuera.

Marina, triste y abatida sobre un peñasco de la costa, recogió las amarras y descansó luego, recostándose en el mismo peñasco deforme y renegrido.

Ella consideró sobre el último rayo del sol que espiraba en occidente y sólo al ruido tenebroso del mar, se unían los quejidos de un perrillo negro, que abandonado de su dueño, tiritaba de frío!

Luego reparó en las espumosas oleadas que lentamente iban cubriendo el verdinegro islote del castillo de Santi-Petri y tembló.

Se acercaba la tempestad ó estaba encima de la cabeza de la infeliz pescadora.

Un nubarrón negro y sombrío cubría todo el espacio que alcanzaban los ojos de Marina. Con terror imponderable recordó á Simón y á sus compañeros, cuya barca había desaparecido en las montañas del rebotado oleaje. Interrogó á las cavernas fosfóricas de la mar y nada le respondieron.

Dió gritos espantosos, apostrofó á las olas y la furiosa tempestad, para venir á estrechar al perrillo negro junto á su pecho enroquecido, diciéndole:

—¡Dios me abandona también! ¡Yo no te abandonaré!

Y la cabeza de Marina rebotó sobre la dura roca de la playa.

Cuando la recogieron del arenal los vecinos, padecía altísima fiebre y llamaba con desvario á su marido.

Simón y los compañeros de la barca, nadie supo de ellos.

—¡Sola en el mundo!—exclamó Marina. Y se abrazó al perro, que nunca la abandonó.

Luego dió á luz un niño, y cuando la miseria última la visitó y la enfermedad al pecho la acosó en el tabuco de Simón, sin flores ni ramajes de madre-selvas, entones, y solo entonces, entregó á su hijo á la tabernera de la esquina que solicitaba ó se moría de hambre.

Un día quiso hacer valer sus derechos de madre, y la horrible mujer le dijo:—¡Ah! ¿No sabes? Cuando me pagues todo el dinero que me ha costado el criar á la criatura, será tuya.

muy cortos y quiso volver al tabuco que levantó su marido.

Un día hubo una zambra espantosa en la taberna, y el hijo de Marina hirió á un valiente y huyó.

La madre lo supo, y dijo:—¡Aquí está mi último fin!

Hizo venir á un religioso y se preparó para su entrada en el cielo. Ella rehusó toda compañía.

Se contentaba con la del perrillo negro y achacos de puro viejo.

Por la noche se acostó en su catre de viejo lienzo.

Rezaba silenciosamente y de vez en cuando decía:

—¡Sola! ¡Sola en el mundo!

Un rayo de luna inundó el tabuco que hiciera el pobre Simón el barquero, y la silueta de un hombre apareció en el ventanillo.

—¿Quién es?—pronunció apenas la infeliz Marina.

El perro se deshacía en ladridos.

—¡Madre... soy yo!

Y el hijo se acercó entonces al camastro de la madre.

—¡Creo... que he matado á un hombre!

—Ya lo sé—murmuró el esqueleto.

—¿Y me buscas! ¿Dónde me escondes?

—¡Aquí—repitió la voz.

Marina se bajó del camastro y apabulló las hojas secas de mazorcas hacia los lados del jergón, dejando en el centro una especie de vacío ó mortaja.

La madre señaló al hijo aquella cavidad y repitió:

—¡Aquí!

El perrillo negro se arrastraba gimiendo á los pies de Marina.

El criminal en embutido en la cama hasta desaparecer, y la madre le tapó hasta la cabeza con la colcha de indiana descolorida.

Ella se sentó en un banquillo roto, cuando los agentes empujaban la puerta de entrada.

Había cruzado sus manos de marfil y oprimía en ellas una pequeña cruccita que le dejara el religioso.

—¡Vámonos! ¡Vámonos!—dijeron por lo bajo los agentes al ver tal desolación.

Cuando el ruido de los pasos se extinguió, azorado el hijo, huyó rápidamente hacia la ribera, á ver si p. día alcanzar su salvación en el islote de Santi-Petri, donde murió su padre.

llamón, D. Diego Hernandez Illán, don Santos Ladrón de Guevara, D. Adrián Viudes, D. Juan Rivera, D. Manuel Sierra, D. Antonio Cánovas, D. Evaristo Cánovas, D. Diego Hernandez Montesi-

nos, D. Salvador Martinez Marin-Baldo, D. Francisco Hernandez Illán, D. Joaquín Jordán, D. Manuel Crespo, D. Mariano Sanz, D. José María Solís, D. Bal-

domero Hernandez, D. Manuel Llanos, D. Mariano Alarcón, D. Severo Perez, D. José Atienzar, D. Juan Cayuela, don José Ferrán, D. Mariano Ruiz-Funes, D. Antonio García Murviedro, D. Antonio Pardo, D. Andrés Saez, D. Pablo Martínez.

D. Francisco Amorós, D. Ricardo Rivera, D. Anselmo Lorencio, D. Antonio Echenique, D. José Frutos Baeza, don Mariano Morano, D. José, D. Antonio y D. Pedro Tortosa, D. Juan Saura, D. Mariano y D. José María Carayaca, D. José María Vela, D. José Salvat, D. Gonzalo García Gonzalez, D. José Montesinos, D. Joaquín Alonso, D. José Pardo, don Fulgencio, D. Antonio y D. José María Murcia, D. Carlos Suarez, D. Miguel Caballero, D. Antonio Ramirez de Cuero, D. Enrique y D. Manuel Martí, D. Vicente Mateos, D. José María Ruiz-Funes, D. Francisco Pastor, D. José María Munuera, D. Enrique Sevilla, D. Francisco y D. José Alarcón, D. Antonio Maseguar, D. Manuel Mateos, D. Antonio Virgilio, D. Antonio Gonzalez, D. Ezequiel Cazaña Ruiz, D. Maximino Ruiz, D. Mariano Trigueros... y siento mucho que la gran aglomeración no me permitiera ver á muchísimos más que omitiré involuntariamente por ser tan numeroso el acompañamiento.

¡Descanse en paz la infortunada señora y Dios consuele á los que quedan!

Otra impresión desagradable fué la repentina enfermedad de un cornistilla de la banda de nuestra Casa Misericordia.

Un atracón de melones seguido de un baño lo pusieron á las puertas de la muerte, teniendo que salir el Viático para administrar á la infeliz oriatura en el hospital, en la noche del domingo. Hoy dicen que está un poco mejor.

También causó sentimientos de compasión y lástima esta noticia que cuñidó en poco tiempo entre todos los murcianos.

¡Tristes é infelices oriaturas son estas que merecen todas nuestras simpatías y de quienes debemos estar al lado siempre! ¡Acaso no tienen madre ni padre á quien pedir un beso á la hora de su muerte!

¡Y el desfile!

Hoy sale un exprés con 30 coches atestados de veraneantes que regresan á sus lares.

El desfile ha comenzado de una manera atroz.

Cada mochuelo á su olivo.

Dentro de unos días no quedará casi nadie en esta playa; solo contadas familias permanecerán aquí hasta Octubre... y hasta otro año.

Mi buen amigo D. Francisco Roger (a) Paquiro también abucó el ala para sus posesiones de San Javier, con objeto de estudiar la floxera que parece ser ha aparecido en las viñas de aquella región.

Tengo vivos deseos de saber noticias de su llegada, pues el eje de la tartana reclamaba la extremaunción para el viaje.

Y yo que, ya cansado de plumear por estas playas y con gran tristeza en mi corazón, vuelvo á disfrutar de los vapores del Segura, llena el alma de dulces impresiones y la imaginación deslumbrada por los colores del cuadro que presencié durante varios días.

Mi primer sueño fuera de estas costas ya lo veo lleno de memorias: ondas que se mecen, espumas que se pierden, formas femeninas que transparenta el agua, rocas escarpadas, trajes frescos, vaporesos, muy vaporesos y en medio de todo esto mi amigo Vicente Mateos, cual nuevo Napoleón, venido, triste y cabizbajo por las contrariedades del gramio.

¡Oh tempora, oh mores!

¡Oh tiempo de la ignorancia en el guipeo!

Pedro Jara Carrillo.

Desde Fortuna

Las fiestas de San Roque Han terminado las fiestas. La animación ha sido extraordinaria en este hermoso paseo del Barrio.

